

continuada, fue uno de los momentos más tristes que ha padecido un pueblo. Cuando Pasolini resucitó el viejo folletín de Sade —esta vez en clave política— estaba apuntando al auténtico centro de la tiranía, en su forma y esencia más depurada. ■ RAMIRO CRISTOBAL

## MUSICA

### Fiestas ecológicas: el sonido de los radicales

EN breve espacio de tiempo, tres o cuatro celebraciones masivas, al aire libre en su mayoría, han vuelto a traer los recuerdos de los grandes festivales de antaño, cuando la "explosión democrática" de hace casi un lustro. Ahora, las reivindicaciones se apoyan en otros "slogans": fiestas ecológicas; recuperaciones nacionales, como la celta, la andaluza..., manifestaciones antinucleares... Lo cierto es que la fuerza del movimiento radical no está sino empezando a articularse y, por ello, estos montajes, que proceden casi siempre de esa cuerda ideológica, por espontáneos que sean, se resienten aún en cuanto a su capacidad de organización/convocatoria. Pero, de hecho, en estos actos han privado las posturas y los gestos contra-culturales, en un afán de supervivencia a veces grotesco, a veces entrañable, siempre necesario y casi vital: exhibiciones marginalistas, apuntes imaginativos de arte y expresión visual y corporal, recuperación de realizaciones auténticamente populares, como la cerámica; desfile de disfraces, caretas y pinturas en rostro, como en los antiguos carnavales; variopinta demostración de nuevas formas de vestir y/o comportarse; en fin, comidas macrobióticas, vegetarianas y, en todo caso, siempre al alcance de casi todos los bolsillos. Todo ello aderezado y bien condimentado con diversas músicas fluctuantes entre la tradición más desahogada y el nuevo grito que ahora se llama "new wave..."

También funcionó en el campo de fútbol de San Blas, lugar inhóspito y escarpado donde los haya, así como en el más acogedor recinto de la Casa de Campo, los dos lugares donde se celebra-

ron hace unos días las fiestas ecológica y la celta, la venta del "Libro rojo del cole", perseguido con saña en la actual Feria madrileña de novedades, y que, de esta forma, ve incrementado su potencial de ventas, al constituirse en nuevo producto censurado, clandestino, y, por todo ello, mucho más apetitoso.

En el terreno específicamente musical y organizativo, hay que señalar, además de lo ya apuntado, que estas gigantescas manifestaciones adolecen, generalmente, de falta de ritmo. Dado que nunca empiezan a su hora; que luego, por unas causas o por otras, se retrasan entre actuación y actuación, con el lento cambio de equipos sonoros, etc., la cosa puede llegar a convertirse, y de hecho así ocurre, en largas palizas donde el muermo (eso tan odiado por estas bascas) comienza inevitablemente a ha-

cer su aparición. En la fiesta de San Blas, por ejemplo, la cosa no comenzó a animarse hasta que hicieron su entrada los grupos "pop-rockeros" del momento, tales como Mamá y Nacha Pop, que tuvieron, además, actuaciones convincentes y llenas de energía-vitalidad, lo que faltó precisamente hasta entonces, a pesar de las buenas intenciones y más que buenas maneras (para otro tipo de actos y lugares) de Luis Eduardo Aute, Luis Pastor —en su tímida reaparición— y, sobre todo, del portugués Fausto, el cual cuajó una bella actuación no siempre valorada en su dimensión adecuada. Pero no cabe duda de que esos admiradores-nostálgicos de los Brincos que son Mamá hicieron un "set" casi perfecto, por blandas que sean algunas de sus canciones y por más conocido "beat" de otros tiempos que posean otras. Son te-

mas que conectan, aquí y ahora, con la gente del "rollo" y eso se aprecia en seguida... Ausente el anunciado Camarón de la Isla, por razones no aclaradas, la fiesta terminó en alegría, y ya bien entrada la noche (había comenzado hacia las cinco de la tarde) con la salsera y "camp" Orquesta Platería, otro tipo de experiencia musical que es muy querida y valorada por las jóvenes generaciones que-no-pasan-de-todo.

En cuanto a la fiesta celta, no alcanzó el éxito multitudinario del pasado año, cuando actuasen Alan Stivell y Gwendal en un solo concierto; pero, así y todo, congregó a mucho más personal que los "ecológicos" (aunque en más de una ocasión se pudiesen ver las mismas caras). Alrededor de cuatro mil personas deambularon de un lado para otro bajo un sol de justicia que se fue tornando poco a poco en una muy agradable noche. Mientras, habían estado alegrando el cotarro las gentes galesas de Swansea Jack, un grupo aún poco rodado y menos maduro, pero que dejó ver unas cuantas cualidades y, sobre todo, unas cuantas bellas canciones de su tierra; los madrileños-gallegos de Labanda, que cuajaron una excelente actuación sonora, ya que no a nivel de presentación de temas, verdadero suplicio por la falta de interés y la ausencia total de gracia del "showman"; para culminar, en fin, la cosa, con un espléndido recital del quinteto escocés The Tannahill Weavers, desconocidos hasta ahora aquí, pero no por más tiempo, su sonido típicamente celta, con la inclusión del gran gaitero que es Alan McLeod; su perfecta compenetración, y sus excelentes melodías, entre la tristeza más profunda y la alegría más radiante, consiguió elevar un tono artístico que estaba en el aprobado por los pelos hasta el sobresaliente con nota, ahora que los símiles académicos están tan a la orden del día. Ambiente que logró mantener, a duras penas, eso sí (dadas las tardías y fresquitas condiciones del lugar), el bretón Dan Ar Bras, discípulo y compañero de Stivell hace tiempo, y ahora líder de un grupo, el suyo, que se mueve perfectamente en terrenos como el del folk-rock, con acentos a uno y otro lado de la frontera, y con buena atmósfera tradicional siempre en sus aires y nostalgias.

■ ALVARO FEITO.

The Tannahill Weavers.



The Tannahill Weavers

Guillemada